

**Gerardo Torres Salcido y Rosa María Larroa
Torres (coordinadores),**
Sistemas agroalimentarios localizados.
*Identidad territorial, construcción de capital
social e instituciones*

Por *José María Calderón Rodríguez**

Esta obra, coordinada por Gerardo Torres Salcido y Rosa María Larroa Torres, se divide en cuatro partes: la primera, dedicada a revisar la categoría de *Sistemas Agroalimentarios Localizados* (Sial); la segunda, se ocupa de las “Certificaciones de calidad”, y ponen bajo su mirada a cuatro estudios de caso: dos en México, uno en Argentina y el cuarto en España; la tercera parte se refiere a la “Identidad territorial de los quesos artesanales”, y la cuarta, y última parte, se refiere a “La acción colectiva y las instituciones en la integración del territorio. Dilemas éticos en las redes del comercio justo”.

El tratamiento de los *Sistemas Agroalimentarios Localizados*, un enfoque construido a partir de 1996, en medio de la crisis de las condiciones rurales, del empeoramiento de los problemas alimentarios y ambientales, y la agresiva expansión de los sistemas agroalimentarios globalizados, expresa la necesidad de ofrecer una respuesta alternativa eficaz a una problemática multidimensional vinculada a la producción agraria y agroalimentaria, y a los servicios relacionados con esa actividad (actividades comerciales y restaurantes), todos ellos asociados a un territorio específico. El territorio constituye, en efecto, el espacio referencial de una determinada forma de organización

* Sociólogo, politólogo y economista. Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. Profesor de la carrera de Sociología y de los posgrados de Estudios Latinoamericanos y de Ciencias Políticas y Sociales de la misma facultad en la UNAM. Responsable del proyecto No. IN301510 *Fiscalidad y democracia en México*, del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT), Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. E-mail: <calderonjosema@hotmail.com>.

agroalimentaria integrada por una multiplicidad de variables: medio ambiente, producción, organización socio-familiar, tecnología, hábitos alimentarios, instituciones y redes de relaciones. Este concepto, a juzgar por las investigaciones reunidas en este volumen por la doctora Larroa y el doctor Torres, ha permitido significativos avances en Europa y en América Latina.

Como reconoce el doctor José Muchnik, este concepto se ha beneficiado de su enfoque interdisciplinario, por la versatilidad heurística para enfrentar situaciones múltiples y por la demanda institucional que, en el ámbito de las políticas públicas, requiere poner en marcha procesos de uso e innovación territorial. No sólo eso. Ante la situación de incertidumbre dominante en el ámbito económico-financiero, la eliminación de los apoyos y subsidios fiscales a los campesinos y la fuerza arrolladora y aplastante de los mercados agroalimentarios globalizados, un enfoque multidimensional a favor del desarrollo rural que hace énfasis en los vínculos con el territorio y su población devino un anclaje poderoso en la delimitación, definición y valorización de las actividades productivas agrícolas y agroalimentarias. Además, la dimensión local asociada con el espacio territorial adquirió una nueva significación y encaró de manera inesperada y exitosa los desafíos que imponía la globalización de las relaciones económicas. Pero hubo más: América Latina –que históricamente ha sido pródiga en experimentos económicos ingeniosos y audaces que han abortado por el peso de las frivolidades y corrupción de las burocracias nacionales, la ausencia de un ambiente favorable a los mercados internos y la acción depredadora de las grandes empresas nacionales y extranjeras– ofrece un campo propicio para desplegar las posibilidades del enfoque de *Sistemas Agroalimentarios Localizados*.

En varios países de América Latina se ha venido acumulando lo que Boaventura de Sousa llama “economía de las ausencias”. Al ser consideradas economías atrasadas o inviables, se explica que esto ha sido así porque no se ha contado con los recursos económicos o institucionales para consolidarse. Desde la óptica de la banca nacional o transnacional las iniciativas locales no son sujetos de crédito. Sin embargo, una mirada distinta, a partir de un marco epistemológico diverso, permitió que estas empresas agrícolas industriales rurales (AIR) “inviables” e invisibles fueran percibidas y reconocidas con resultados sorprendentes: aumentos importantes del valor agregado; elevación del ingreso familiar; aumento de empleos en el medio rural, y una contribución efectiva en la seguridad alimentaria de las áreas rurales y urbanas. A partir de esta experiencia tuvo lugar una pequeña revolución epistémico-conceptual que Muchnik tradujo en interrogaciones significativas como ¿de qué manera puede “combinarse el conocimiento tácito específico del territorio con el conocimiento genérico codificado”?, ¿cómo agregar valor a los recursos agroalimentarios locales?, ¿qué tipo de capacitación colectiva le permitiría a la gente desarrollar estos procesos de innovación? Y algo importante: ¿cómo rebasar con un producto local las exigencias impuestas por las certificaciones y/o regulaciones nacionales?

Enfrentar estos problemas específicos y tratar de dar respuesta a la nueva agenda que empezó a desplegarse a lo largo de los años noventa (preocupación por el medio ambiente, el desarrollo sustentable, la reproducción de la biodiversidad, la producción ecológica, la multifuncionalidad de la agricultura y de las zonas rurales) resultó crucial saber hasta dónde el enfoque Sial podía ir más allá de un “conjunto de actividades agroalimentarias visibles que se establecen territorialmente”, y tratar de entender cómo se puede aceptar el reto de promover el “desarrollo de los recursos locales”. Y, en efecto, el Sial dio un salto de calidad al identificar cuatro grandes áreas de investigación que permitían a su vez identificar la multiplicidad de sistemas agroalimentarios existentes, darles seguimiento y precisar si su estado es estable o van camino a una crisis.

Aún más, los Sial tienen la capacidad para tomar en cuenta tres niveles de integración: 1) de actores, prácticas y usos; 2) de escalas espacio-temporales, y 3) de disciplinas. Estos tres niveles tienen como punto de unión el territorio. Éste y no el producto es el que delimita los Sial. El territorio está concebido como un espacio de pertenencia que hace posible la integración de las dinámicas rural, urbana y periurbana, atravesadas por una concepción diacrónica y sincrónica de las escalas temporales, y por último, el territorio es el punto de confluencia, por su condición de anclaje espacial tanto de las ciencias biotécnicas como de las ciencias sociales. Así, su carácter interdisciplinario no es un punto de partida sino el resultado de un proceso en donde un objeto de investigación común a varias disciplinas deviene condición para el desarrollo de la interdisciplinariedad (*cfr.* también Rolando García, *La construcción del conocimiento*, Barcelona, Gedisa, 2000). Por lo que entendí a través de la lectura de los catorce diferentes ensayos tanto de carácter teórico como de las experiencias empíricas de ocho estudios de caso, se trata de articular el espacio (el territorio) con las actividades productivas y la acción colectiva con el fin de enfrentar el deterioro de las condiciones de trabajo de la población rural, hasta ahora, la más vulnerable, y mostrar así la posibilidad de construir otros modelos de desarrollo.

El sistema agroalimentario globalizado ofrece un solo modelo de desarrollo posible fundado en una alta concentración de capitales y empresas. Veamos apenas unos cuantos datos:

El mercado de semillas está concentrado en 10 grandes empresas (tres estadounidenses, dos alemanas, dos japonesas, una suiza, una francesa y una danesa) que elaboran el 67 por ciento de las semillas patentadas. De éstas, Monsanto cubre el 23 por ciento del mercado y Du Pont el 15 por ciento. Al respecto, habría que decir que las semillas comerciales patentadas cubren el 82 por ciento del mercado mundial de semillas. Del mercado de agroquímicos, las 10 empresas más grandes cubren el 89 por ciento del mercado mundial de agroquímicos (2008), en donde destacan Bayer de Alemania y Syngenta, cada una con 19 por ciento del mercado mundial. Se trata

de un negocio boyante gracias al aumento de los precios de los granos, las semillas y los agroquímicos, no obstante la elevación de los precios de los hidrocarburos. Las 10 empresas más grandes de la industria de alimentos y bebidas tienen el 26 por ciento del mercado mundial (2008) y representan el 35 por ciento de las 100 más importantes; estas mismas 100 grandes empresas del sector se encargan de vender el 74 por ciento de los alimentos empaquetados. Es importante notar que de las 10 empresas más grandes, seis son estadounidenses. En lo referente a la distribución comercial, las 10 empresas más grandes representan 40 por ciento de las ventas de las 100 más importantes. La más grande es la empresa estadounidense WalMart, que representa el 10 por ciento de los ingresos de las 100 empresas más grandes, el 25 por ciento de las 10 principales y el 3.5 por ciento del total mundial (2008). De las nueve empresas más grandes de distribución alimentaria una es estadounidense (la más importante), cinco son alemanas, dos son británicas y una francesa.

Ante estas cifras y las tendencias mundiales hacia la profundización y consolidación de la industrialización agraria, favorecida por el uso creciente en los insumos agrícolas de semillas transgénicas, la expansión de los monocultivos de agroexportación (la soya en Brasil y Argentina), la crisis de rentabilidad y dependencia de las subvenciones gubernamentales, y la creciente expulsión y marginación de la agricultura familiar y campesina, parecería que el modelo de sistema agroalimentario globalizado es el único existente. A esta falsa percepción contribuye también la invisibilización de los sistemas agroalimentarios alternativos. Frente a estas cifras, contra estas tendencias y ante estas operaciones mediáticas de ocultamiento de las realidades posibles y realísticamente opcionales, considero que las contribuciones de los autores convocados por los doctores Larroa y Torres ofrecen una alternativa con grandes posibilidades prácticas: primero, por su enfoque totalizador tendiente a la integración de actores, prácticas y usos de redes sociales y acciones colectivas; segundo, por su clara percepción, calificación y jerarquización de los esquemas y marcos institucionales, reglas de juego, normativas y regulaciones; tercero, por su enfoque favorable al uso y manejo de conocimientos y competencias (saber hacer, innovaciones tecnológicas e incorporación de experiencias históricas) y su perspectiva inter y transdisciplinaria, y cuarto, por la integración de escalas espacio-temporales, en una perspectiva de desarrollo desigual y combinado, asimismo diacrónico y sincrónico en el uso y manejo de recursos naturales y del patrimonio cultural.

No quisiera pasar por alto un elemento fundamental que está presente, creo, en todos los ensayos: la dimensión social que se expresa a través de la construcción de identidades y redes de cooperación solidaria (Ramos Chávez); elaboración de estrategias de acción colectiva (Castañeda, Boucher, Sánchez Vera y Espinoza); formación de redes éticas (Mutersbaugh), y proceso constitutivo de instituciones (Pensado Leglise). Quizá todo pueda resumirse en el fecundo concepto de “capital social” desarrollado por Pierre Bourdieu, Putnam, Fligstein y, más recientemente,

por Elinor Ostrom, entre otros. Por mi parte me quedo con la definición de Bourdieu y que Mario del Roble Pensado aprehende con precisión y exprime con fruición: el capital social es

el conjunto de recursos reales y/o potenciales asociados a una red social de relaciones institucionales que en su interior genera conocimiento mutuo y de reconocimiento o distinción que a su vez dota a cada individuo del respaldo del capital construido en común (...) es el producto de una red de relaciones producidas por el conjunto de estrategias individuales y/o colectivas de inversión, consciente o inconscientemente, dirigidas a establecer y mantener relaciones sociales con miras a producir un provecho inmediato y constante pero que además se instaura como mecanismo institucional que a largo plazo garantiza su reproducción como ente social (Bourdieu, 1986, citado por Pensado, p. 360).

Ahora sí, por último, la realización de talleres es crucial y ojalá se transformen en acciones prácticas de política pública, misma que podrá desembocar en políticas de fomento de la agricultura familiar y punto de partida generalizado para nuevas formas de producción y desarrollo rural, y de articulación con las áreas urbanas pues, ¿quién dijo que campo y ciudad deben estar divididos para siempre? Como bien señala la doctora Larroa: a nadie más que a los excluidos deberá interesar cambiar el rumbo que alienadamente impone la inercia de un mercado, erigido a la condición de *deus ex machina* que “los explota y los excluye” (p. 298).

Gerardo Torres Salcido y Rosa María Larroa Torres (coordinadores), *Sistemas agroalimentarios localizados. Identidad territorial, construcción de capital social e instituciones*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM/Juan Pablos Editor, Colección “Alternativas”, 384 pp.